

Y aunque sea lo mismo todos los años,  
¿qué extraño, que olvidado de su mañana,  
deje un día a la espalda los desengaños  
y eche una cana al aire con harta gana?

Porque al que ara la tierra, llueva o no llue-  
[va

y es huaso y es chileno, siembre o no siem-  
[bre,  
no han de faltarle nunca ropita nueva  
ni algunos cobrecitos para Septiembre . . .

*Toque de Diana.* Págs. 362 a 367.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

## Un día de Septiembre

El señor Presidente, Conde de la Conquista  
penetra por la sala, gravemente. Su vista

se va a posar en rostros que le son conoci-  
[dos:

Oidores y Títulos del Reino, envejecidos,  
que esperan ese día —al que han sido invi-  
[tados—  
acontecimientos para el país sagrados.

Acompañan al Conde don Gregorio Argo-  
[medo  
y don Gaspar Marín. Tras un instante  
[quedo

el Presidente muestra sus insignias de man-  
[do  
y dice con voz grave, acaso suspirando:

"Aquí está el bastón. Del mando disponed".  
Bordonea una avispa de luz en la pared.

Y hablándole a Argomedo, su secretario,  
[exclama:  
"Haced saber al pueblo lo que quiero".  
[Una llama

se adentra por los pechos de todos los pa-  
[triotas  
y hay como un estruendo augural de alas  
[rotas

y en los ojos el llanto avanza como una  
[flor  
y el día canta afuera como en un surtidor.

Don José Miguel Infante muestra a España  
ceñida a Bonaparte, presa de gente extraña  
y al Soberano inerme, muerta la autoridad  
bajo el embate de aquella tempestad.

Es el momento en que la austral Capitanía  
jura obediencia al Rey. Mas Chile amane-  
[cía . . .

Después de hablar Infante y renunciar el  
[Conde  
hay un rumor que crece y la ansiedad res-  
[ponde:

"Junta queremos". Y las voces son oídas.  
Los corazones sienten ansias desconocidas

y preside la Junta que se elige, el anciano  
don Mateo de Toro y se advierte en su  
[mano

la emoción que lo vence y al alzar la cabeza  
mira a algún caballero de Santiago o Mon-  
[tesa

y entre todas las caras lucen las más ra-  
[diosas  
y entre ellas la de don Juan Martínez de  
[Rozas

que trae desde el sur la voz del pueblo he-  
[rido  
que busca libertades y ahoga un alarido.

Allí se halla el severo señor de la Carrera  
a quien toda la muerte, todo el martirio  
[espera.

.....  
El Conde y Presidente el Cabildo aban-  
[dona  
y va con sus amigos a su antigua casona.

Mientras la ciudad se exalta en ese día,  
en una celestial campana de alegría.

Ha llegado la Patria, se abren todas las  
[puertas;  
corre la luz del mundo por las montañas  
[y huertas.

Se alborozan la Patria con digna vestidura  
con ríos en la tierra que entre abejas mur-  
[mura.

Se levantan los héroes indígenas del suelo.  
Fresia alza del polvo de ayer su pequeñuelo.

Galvarino sonríe frente a Caupolicán;  
Lautaro resucita; lanza humo un volcán

y el Pacífico inmenso las playas atropella  
para solemnizar la luz de la epopeya . . .

*Rostro de Chile.* Págs. 73 a 76.